

Cabrera Infante, Guillermo. *Mapa dibujado por un espía*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, S.L. Círculo de Lectores, S.A., 2013. 396 p. ISBN 9788415472766

Cuando sonó el timbre del teléfono en las oficinas de la Embajada de Cuba en Bruselas a las cuatro de la madrugada del 2 de junio de 1965, el autor de este libro –“testimonio demoleedor del desengaño y la decepción”, como lo califica su editor, Antoni Munné– desvelado tras sufrir un accidente automovilístico en la tarde anterior y creyente en presagios de mala suerte, habría pensado que nada bueno le esperaba. Guillermo Cabrera Infante corrió descalzo escaleras abajo desde su dormitorio en el segundo piso. Llamaba su amigo Carlos Franqui, desde La Habana, para decirle que su madre, Zoila Infante, se encontraba muy grave y que él debía regresar cuanto antes: “Coge el primer avión que salga.”

Con la autorización verbal del ministro de Relaciones Exteriores, Cabrera Infante (aquí, GCI, aunque me gustaría decir G. Caín, el pseudónimo en sus crónicas de cine, tan recordadas por sus lectores en Cuba a mediados de la década de 1950) toma el primer vuelo ese mismo día. En la primera escala, “Schiphol pasó de ser el nombre del aeropuerto de Ámsterdam a convertirse en una de las estaciones del infierno, con su nombre señalando algo malo.” Esta vez su mujer, Miriam Gómez, lo llamaba desde Bruselas para decirle que su madre había muerto.

Cuando aterriza en La Habana lo llevan, sin escalas, del aeropuerto a la funeraria. Al darle el pésame, Marta Frayde, médico y participante activa en la lucha contra Batista, le dice al oído: “Tu madre murió por falta de asistencia médica.” (49) Así comienza una pesadilla de cuatro meses para el escritor que en uno de sus libros confesaría: “Dos patrias tengo yo, La Habana y la noche.”

GCI, cuyos padres fueron fundadores del partido comunista en Gibara, el pueblo donde él nació en 1929, se trasladó con ellos a la capital cubana en 1941. En su adolescencia estudió Medicina, pero pronto empezó a escribir y cambió de carrera, matriculándose en la Escuela de Periodismo en 1950. Al año siguiente fundó la Cinemateca de Cuba, con Néstor Almendros y Tomás Gutiérrez Alea, y la dirigió hasta 1956. Al mismo tiempo comenzó a publicar crónicas de cine en el semanario *Carteles* y en 1957 fue nombrado jefe de redacción de la revista. Participó en la lucha clandestina contra Batista; fue multado al publicarse un cuento suyo que supuestamente contenía obscenidades en inglés, y tuvo que valerse del seudónimo para seguir escribiendo. En 1959 se le nombra director del Consejo Nacional de Cultura y subdirector de *Revolución*, el diario del gobierno de Fidel Castro. Con otros intelectuales crea el suplemento cultural *Lunes de Revolución*, que dirige hasta su clausura en 1961. En *Mapa dibujado por un espía* GCI relata que el suplemento fue clausurado “después de protestar sus miembros por la supresión y secuestro de una película corta” que había hecho su hermano, Sabá Cabrera. Agrega que antes de la clausura se llevaron a cabo tres reuniones sobre el tema, a las que asistieron Fidel Castro, el presidente Dorticós y los encargados de la dirección de la cultura. (78) La caída en desgracia de GCI condujo a su alejamiento involuntario del país mediante el conocido recurso de nombrar en un cargo diplomático a un personaje que se había vuelto incómodo y cuyos méritos –en este caso revolucionarios– no aconsejaban la adopción de medidas más drásticas.

Cuando GCI regresa a La Habana del cómodo (pensaron algunos) exilio diplomático, lo hace para enterrar a su madre y volver a Bruselas en una semana. Al principio nada le indica que no será así. El canciller Raúl Roa lo recibe en el ministerio, le da el pésame, recalca que se había hecho representar por su hijo en los funerales al no haber podido asistir personalmente, y le asegura estar tan satisfecho con su labor en Bélgica que regresará a su cargo ascendido a ministro encargado de negocios. No obstante, hechos los arreglos familiares (incluyendo pasaportes diplomáticos para sus dos hijas menores, quienes muerta la abuela con quien vivían en Cuba irán ahora con él a Bélgica), cuando GCI esperaba en la sala de protocolo del aeropuerto, con las niñas, listos todos para abordar el avión en media hora, recibió una llamada telefónica del viceministro de Relaciones

Exteriores diciéndole que no se podía embarcar porque Roa quería verlo nuevamente.

A partir de ese momento todo es incertidumbre, pretextos, mentiras, temor y la terrible sensación de ser cautivo en tierra propia. No logra ver a Roa, motivo invocado para impedirle salir del país, a pesar de que acude varias veces al ministerio. En una ocasión, cuando se le informa que el ministro se encuentra enfermo, va a su casa y no le permiten pasar de la puerta de la calle. Algunos amigos lo esquivan; otros intentan tranquilizarlo; otros le confían un rumor: los servicios de inteligencia son los verdaderos responsables de la medida. Uno de los más fieles llega a decirle que “el gallego Piñeiro”, conocido también por el temible alias de Barbarroja, jefe de esos servicios, ha jurado que GCI no saldrá de Cuba – todo esto sin mayores detalles ni mucho menos razones. El poeta Oscar Hurtado lo visita y le cuenta la ocupación estatal de Teatro Estudio, “una institución teatral muy revolucionaria aun antes de la Revolución, todos de inclinación comunista y partidarios de Bertolt Brecht.” (77) Otra noche, Virgilio Piñera, en el apartamento de los padres de GCI y en voz baja, le da cuenta de las persecuciones a homosexuales. Viene con su colega Antón Arrufat, destituido como director de la revista de Casa de las Américas por homosexual (Piñera había sido detenido en su casa y llevado a la cárcel en 1961 por igual motivo). Arrufat habla de protestar contra la persecución haciendo “una manifestación a Palacio con cartelones y todo.” Tratando de evitar la detención de sus amigos, GCI les dice: “No se debe hacer ninguna manifestación pública. No que no los dejarían llegar a Palacio sino que ni siquiera podrían llegar a salir de donde salieran...” (86) Con estas palabras GCI revelaba que sabía medir el alcance de la represión oficial. Sin embargo, aún no imaginaba que sobre él, un revolucionario de antecedentes indiscutibles, caería también la pesada mano del Estado, aunque por razones diferentes a las que afectaban a estos amigos.

Pocos días antes de su proyectado regreso a Bruselas lo vino a buscar el director de cine Gutiérrez Alea, “Titón”, su amigo de la juventud y ex colega en la Cinemateca, y almorzaron juntos. Titón le habló someramente de la persecución a los homosexuales y se extendió en los problemas en la Universidad de La Habana, donde había presenciado uno de los juicios de la Federación de Estudiantes a alumnos acusados de contrarrevolucionarios. Había dos acusados:

“Al muchacho lo acusaban de raro –y con esto podían querer decir muchas cosas, desde homosexual hasta exclusivista–, es decir, que no era demasiado popular con sus compañeros. A ella la acusaban de exquisita: vestía siempre demasiado bien y además se había excusado muchas veces para no ir al corte de caña supuestamente voluntario.” (92) A gritos el público impidió que los acusados hablaran y sin ser oídos fueron condenados a expulsión de la universidad por votación a mano alzada. A “un muchacho largo y temeroso que aparentemente no había levantado su brazo para votar” lo levantaron a empujones y lo sometieron a juicio. Terminado el relato Titón le preguntó a su viejo amigo: “¿qué te parece?” “Muy grave”, contestó GCI. “Así están las cosas. ¿Cuándo te vas tú?” —“El domingo.” —“Lo mejor que haces. Mantente lejos por un tiempo.” (93) GCI agrega que apreció el consejo porque “sabía que Titón, viejo simpatizante comunista y una de las estrellas, como director, del Instituto del Cine no hablaba por hablar sino que estaba genuinamente preocupado con lo que estaba ocurriendo.”

No hubo viaje ese domingo. Le esperaban meses de tortura psicológica. Su mujer lo llama por teléfono desde Bruselas para decirle que de Relaciones Exteriores le han enviado un pasaje aéreo para regresar a Cuba. GCI se las arregla para disuadirla de viajar, sin dar los motivos por temor a la censura de las comunicaciones. Luego le escribe una carta insinuando cuidadosamente, sin decirlo, que debe permanecer en Bélgica, y Miriam Gómez, totalmente identificada con su marido, entiende perfectamente el mensaje cifrado. A Sabá, que ha venido de Madrid para el funeral, le han dicho que su misión en el extranjero con el Ministerio de Comercio Exterior llegará pronto a su fin. La peculiar situación de GCI, que nadie puede explicar satisfactoriamente, está afectando también a sus familiares inmediatos.

Cuando al fin se le permite viajar al extranjero, gracias a la intervención de Carlos Rafael Rodríguez, máxima figura del comunismo cubano y viejo compañero de lucha de su padre, GCI lleva consigo imborrables testimonios que definirán su rompimiento definitivo con el régimen. ‘Con estos tiros, ¿quién duerme?’, pudo haber escrito nuestro autor, amante fiel del lenguaje habanero y de las expresiones populares. Pero *Mapa dibujado por un espía*, el libro póstumo que Guillermo Cabrera Infante nunca quiso publicar en vida; este texto a mano alzada, guardado por años en sobre cerrado,

que sin adornos estilísticos ni los juegos de palabras que tanto le gustaban salió a la luz gracias a la valentía de su viuda y al cariño de su editor, es la crónica de un revolucionario desilusionado y como tal no tiene cabida en ella el sentido del humor que matizó el talento del gran escritor cubano, llevándolo a las cumbres de la literatura en español.

GUILLERMO A. BELT
ANLE y RANLE

Chang-Rodríguez, Raquel. *Relación de los Mártires de La Florida del P. F. Luis Jerónimo de Oré (1619)*. Estudio preliminar, cronología, edición modernizada y anotada, y bibliografía de Raquel Chang-Rodríguez. Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú. 242 p. ISBN- 978-612-4146-65-7

Desde la llegada de Ponce de León a La Florida (1513), hasta los tiempos de Jerónimo de Oré (1554-1630) y de su *Relación* (c.1619), aquella península que inicialmente se describió como una isla llegó a sobrepasar con mucho el territorio que hoy corresponde al Estado conocido como tal. A través de la literatura, en particular con *La Florida del Inca Garcilaso* (1605) y el poema épico titulado *La Florida*, del franciscano Alonso Gregorio de Escobedo (1605), hemos tenido la oportunidad de acercarnos a la historia del Sureste norteamericano y en este terreno descuellan las agudas contribuciones intelectuales de Raquel Chang-Rodríguez (RCR), quien, en este libro nos permite acceder a uno de los capítulos más importantes y no suficientemente destacados –en parte por carecer de una edición– de la historia de América del Norte y del Caribe: la *Relación de los Mártires de La Florida del P. F. Luis Jerónimo De Oré*.

Juan Ponce de León, Pedro Menéndez de Avilés, Lucas Vázquez de Ayllón, Pánfilo de Narváez, Hernando de Soto, Pedro de Quexo, Francisco Gordillo, Cabeza de Vaca, y Bernardo de Gálvez, entre otros, han sido personajes muy estudiados dentro de la historiografía norteamericanista referida a La Florida. En este área existen, al menos, tres enfoques diferenciados ideológicamente: los que definen América del Norte como territorio virgen en el que la frontera